

La Cronica Meridional.

Diario Liberal independiente y de intereses generales.

AÑO XXVII.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.
En Almería 6 rs. al mes anticipados—
Fuera franco de porte, por un trimestre 20
reales.—Para el Extranjero y Ultramar,
un trimestre 40 reales.

Martes 12 de Octubre de 1886.

PRECIOS DE INSERCIÓN.
Anuncios á medio real línea en la 4.
plana.—Anuncios religiosos y Comunicados
en la 3.^a plana á real línea.—Para los sus-
critores la mitad.

NUM. 7.963



LA SEÑORITA

DOÑA AGUSTINA MARTIN TORO,

falleció en esta ciudad el día 7 del corriente á las 4 de la tarde.

(R. I. P.)

El miércoles 13 de Octubre, á las seis de su mañana se celebrará en la Iglesia Parroquial de San Pedro de esta ciudad, misa Vigilia por el eterno descanso de la finada.

Sus afligidos hermanos ruegan á sus numerosos amigos se sirvan encomendarla á Dios y asistir á dicho acto por lo que recibirán merced.

ASUNTOS VARIOS.

La notoriedad.

Por creer muy á propósito el siguiente artículo publicado en «El Popular» de Madrid resolvemos darle cabida en nuestras columnas en la seguridad de que nuestros lectores se convencerán una vez mas de la altura en que desgraciadamente se encuentra la ciencia médica en nuestro no menos desgraciado país.

Helo aquí:

Es una manía como otra cualquiera: hay hombres que por adquirir notoriedad necesitan ponerse en zancos y cuando llega un caso que tenga grande resonancia la ocasión viene pintiparada para que haya uno ó mas prójimos que exclamen ante la absorta muchedumbre.

«Señores, aquí estoy yo. Mírenme ustedes; comprendan el sentido y el espíritu de mis palabras, nadie ha dado en el «chemene-tan» de la dificultad, cual diría Victor Hugo, como el que tiene el honor de dirigiros la palabra.»

Y con esto basta y sobra para que el leguleyo, el dulcamarus, el doctor sin borlas, el charlatan, el político, el escritor y hasta el veterinario adquieran la notoriedad que tanto desean.

No hay mas que aprovecharse de la ocasión, del momento oportuno de las circunstancias, en una palabra, de aquello que impresiona al público para conquistar una reputación que solo alcanzan los osados y nunca los verdaderos sabios.

Allá en el Areópago de Atenas una hermosa cortesana, estaba condenada á muerte. ¿Cuál fué el medio de adquirir una notoriedad que ha conservado la historia? Ocurriósele á su defensor rasgar la túnica de la acusada y decir á los jueces una frase que puede encerrarse en la siguiente:

«Seréis capaces de destruir ese cuerpo tan hermoso?»

Porque la cortesana quedó desnuda ante el severo tribunal, los jueces contemplaron aquellas formas perfectísimas y adios ley, adios razon, adios derecho. Aquella mujer fué absuelta y paseada en triunfo por la casta ciudad de Minerva.

No estamos por desgracia, en aquellos tiempos en que se adquiría notoriedad por un motivo, en que la ley quedaba postergada ante una obra maravillosa de la naturaleza. Esto, como caso raro, rarísimo, no ha ocurrido sino una vez en el curso de los siglos y puede pasar.

Lo que no puede pasar es la notoriedad moderna.

Recordamos la notoriedad que conquistó... ¿Quién diremos? Pero nos acordamos del doctor Sangredo, tipo del médico del siglo XVII, según el Padre Isla, en su «Gil

Blas de Santillana.» y decimos el Padre Isla, porque nunca hemos creído en que dicha obra sea de Mr. Lesage. Recordamos, repetimos, al doctor Sangredo, adquiriendo una notoriedad terrible con su sistema de sangrias y agua caliente, y como es natural, las peloterías que armaba el dicho doctor contra sus respetables compañeros por sostener su plan curativo.

¿Cuál era el resultado?

El que si bien los enfermos se morían todos, la clientela aumentaba y la reputación crecía como la espuma.

Ayer, sin ir más lejos, oímos en los Tribunales de Justicia á una nube de médicos y doctores que discutan sobre las heridas causadas al siempre llorado Sr. Martinez Izquierdo, primer Obispo de Madrid.

Hubo erudición de sobra, pero como resultado práctico sacamos en limpio que nadie se muere hasta que Dios quiere; porque según unos, el venerable prelado aún podía estar ejerciendo los cargos de su sagrado ministerio, á pesar de los tres balazos que dieron lugar al sacrificio de su vida, y según otros tenía que sucumbir por necesidad.

Así es, que estamos conformes con lo que leemos en un colega de la noche:

«El espectáculo ha sido para que se eche á temblar todo el que necesite los auxilios de la ciencia.»

¿A cuantas consideraciones se prestan los renglones precedentes! Si nos atenemos á los dictámenes de los facultativos, hay que convencerse de una cosa. O que la ciencia es mentira ó que cada médico tiene una ciencia diferente, en cuyo extremo lo mejor de todo es no tener médicos cuando una enfermedad reclame la asistencia de algunos de ellos.

En vista de lo ocurrido ayer, ¿quién es capaz de conocer el carácter de las enfermedades? ¿Quién no se ríe ya, no de tres tiros de revólver sino de la descarga de una compañía de soldados? Vengan, pues, todos los Galeotes del mundo á atentar contra la vida de los obispos y de los que no son obispos. Importa poco.

Ayer se pretendió demostrar que las balas no fueron las que produjeron la muerte del infortunado Sr. Martinez Izquierdo, sino el colapso, por lo cual nos quedamos como quien vé visiones.

¿Qué será el colapso? nos preguntábamos, después de haber abandonado la severa sala donde se verificó la audiencia. Acudimos al primer Diccionario que se nos vino á la mano, y nos encontramos con que el colapso es «la postración súbita y completa de las fuerzas: abatimiento de la energía cerebral.»

Lejos estamos de penetrar en un terreno que es desconocido para nosotros, pero si

acudieron á nuestra imaginación una serie de consideraciones.

Hélas aquí:

El duque de Burdeos no murió asesinado por Louvel.

El presidente Garfield no sucumbió por la bala que le disparó un fanático.

Alejandro II de Rusia no pereció por la bomba nihilista que destruyó su cuerpo.

El colapso fué el culpable de todo.

¿Cómo se podrá fallar de aquí en adelante una causa en que cualquier asesino dispare un tiro á quemarropa, y aunque no sea á quemarropa, á su contrario?

Si la ciencia, como vimos ayer, discrepa de una manera tan radical en sus opiniones, ¿qué juez puede apreciar con la equidad conveniente el origen de una herida en que el paciente acaba por sucumbir? ¿Qué persona puede asegurar de un modo exacto la clase de enfermedad que ha acabado con la existencia de algun individuo de su familia?

Triste en verdad es el espectáculo ofrecido ayer, como dice el *Alguacil Valenzuela* de *El Resumen*, pero es mas triste aún que estas escenas se repitan con suma frecuencia en el juicio oral, y que no procuren evitarlas los primeros en recoger el desastroso fruto.

¿Qué espectáculo! Pero no hay que espantarse. A la sombra de la ciencia se busca la notoriedad, se busca el candelero donde es necesario subirse; los zancos en que es preciso encaramarse, y de aquí el que la tal ciencia saliese ayer dándose así misma de bofetadas en el rostro.

Y riámonos del colapso, pero no de las balas de Galeote.

Sociedades cooperativas.

LA COOPERACION EN INGLATERRA.

La constitución del *Wholesale* ó almacén central al por mayor, fué como decíamos en el anterior artículo, un gran paso dado por las Sociedades cooperativas inglesas, como lo será hoy para las francesas, si se lleva á cabo el acuerdo votado en el Congreso de Lyon.

Muchos años han tardado las Sociedades francesas en seguir el ejemplo de las inglesas. En el Congreso de Plymouth, el *Wholesale* presentaba ya esta situación: Sociedades adheridas, 738; negocios realizados, 119.825.000 pesetas; capital—acciones, 5.850.000; capital en depósito 11.150.000; beneficios, 1.940.000. El Banco del *Wholesale*, ó si se quiere, su sección de Banca, habia cobrado 199.500.000 pesetas y pagado 200 millones; los beneficios habian sido de 58.450 pesetas, cifra que, por lo modesta, demuestra que el principal objeto es auxiliar el movimiento de las Sociedades y del Establecimiento central.

Conviene tener presente que las cifras que acabamos de citar se refieren solo á Sociedades cooperativas de obreros. Sabido es que hay en Inglaterra otras Sociedades cooperativas de consumo, llamadas *Civil service associations*, organizadas de otra manera; que venden á precios mas baratos que en los almacenes particulares, punto en el que ya se diferencian de las otras. Basta entrar en los vastos almacenes, y en las largas galerías de esas Sociedades cooperativas, para ver en efecto que no se trata de Sociedades obreras. Desde los artículos de primera necesidad, como el pan y la carne, hasta los muebles y las telas de lujo, hay allí infinita variedad de artículos.

El delegado inglés en el Congreso de Lyon, Mr. de Boyve, combate duramente en su Memoria la organización de estas Sociedades, entre las cuales no citamos las *Army and Navy associations*, que solo sirven á una clase especial, como su título lo indica; esto es, á los individuos del ejército y la Armada.

Mr. de Boyve opina que el inconveniente de la organización de las *Civil service associations*, á cuyas puertas se ven muy á menudo lujosos trenes, es rebajar en la opinión general los fines de la cooperación. De estos fines, que en realidad son medios para otros resultados sociales, hemos de tratar separadamente, así como de las maravillas que de ellos se prometen los entusiastas por el movimiento cooperativo. Y no quiere esto decir que no seamos partidarios de él, antes al contrario; pero entendemos que, aparte de los beneficios reales y positivos que produce, y que tan estimables

son para la clase obrera, mas aun que para la clase media, porque aquella mas aún lo necesita, hay que examinar seriamente si producirá para los obreros todos los resultados sociales que algunos esperan y aún creen en absoluto alcanzar.

Volviendo á las *Civil service associations*, Mr. de Boyve opina que irritan, sin utilidad alguna para la causa social general los tenderos y almacenistas á los que hacen gran competencia, y que no son sino Compañías por acciones en que los accionistas bajan los precios para atraer á los clientes.

Hay que tener en cuenta que las Sociedades cooperativas obreras, calcadas sobre el tipo de la de Rochdale, venden á los mismos precios que los demás almacenes y tiendas; y no añaden los beneficios al capital, sino que constituyen una reserva especial. Ya dijimos, al tratar de la de Rochdale, que sus acciones nunca pueden pasar de 25 pesetas, sean cuales quiera los beneficios que realice.

Las *Civil service associations*, operan, de una manera distinta. Venden tambien, á todos, asociados ó no, pero venden á precio más barato, y los beneficios son añadidos al capital.

Conviene tambien tener en cuenta que las Cooperativas obreras, unidas al *Wholesale* y constituyendo *La Union*, de la que tambien haremos algunas indicaciones, tienen por objeto reunir, por medio de la cooperación de consumo, reservas para constituir Sociedades cooperativas de producción, mientras que las *Civil service associations* prestan principalmente servicios á las clases media, que no va á buscarlos medió de constituirse en fabricante; que busca los beneficios de la baratura y que no tiene el objetivo social que las Cooperativas obreras persiguen.

Así en la misma Inglaterra existe, no el dilema: baratura ó capital, sino los dos términos del dilema puestos en acción, y aplicados cada uno de ellos á diferentes clases.

Mr. de Boyve añade que la sola ventaja de las *Civil service associations* es enseñar á las clases acomodadas la compra siempre al contado. Es un error. Las Cooperativas obreras de *La Union* tienen siempre las acciones de 25 pesetas á disposición del obrero que empieza pagando á cuenta 1 peseta 25 céntimos; los beneficios son distribuidos en proporción á las compras hechas, y quedan en depósito como reserva para la formación de un capital separado. De aquí que al formular en el Congreso de Lyon su pregunta «la cooperación debe ser instrumento de baratura ó de capital», Mr. de Boyve, delegado de las Cooperativas obreras inglesas, contesta en seguida «Capital.»

Pero ¿cómo se ha de poder negar que las *Civil service associations*, producen beneficio real y positivo á la clase media?

Comprenderán nuestros lectores que no podíamos omitir estas consideraciones al tratar del movimiento cooperativo en Inglaterra; que el citar pura y simplemente algunas cifras, no era suficiente, y que la materia es harto importante para justificar el que la dediquemos varios artículos.

Materia es que necesaria el libro ó por lo menos el folleto, para desarrollarla con la amplitud necesaria. Pero la importancia que tiene para la cuestión social hace que el periódico no pueda en modo alguno prescindir de ella, ni limitarse á algunas cifras y unas líneas de comentario.

En el siguiente artículo trataremos de *La Union* de las Cooperativas obreras inglesas y de su organización.

Justicia sevillana.

El *Espartero* recibió dias pasados una cornada en un muslo, toreando en la plaza de Sevilla.

A los pocos dias recibe, no otra cornada, sino un volante del juzgado llamándole á declarar.

El diestro se excusa con su estado, y el juez insiste en que puede y debe presentarse en su despacho. El *Espartero*, atemorizado ante los términos de la exigencia, sale como puede de su casa y comparece ante la autoridad.

—¿Qué tiene Vd. en la pierna? le pregunta el juez.

—Una cornada, responde el diestro.

—¿Nada mas que una cornada?

—Nada mas, afortunadamente.

